

*nos*¹. Porque, si la sangre de las víctimas legales, decía el gran Doctor de las gentes, era poderosa para santificar al hombre manchado, purificando su carne, ¿cuánto más no lo será la sangre del Cordero immaculado?² ¡Dichosos, pues, los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero!³ Y no penséis, hermanos míos, que estas palabras signifiquen solamente el perdón de los pecados cometidos y la recuperación feliz de la inocencia; pues la misma virtud que borra las feas manchas de la culpa, puede muy bien borrar y destruir los malos hábitos, que son sus gérmenes, puede fortalecer el espíritu contra los asaltos de una carne depravada, renovar y regenerar á todo el hombre, formando en él una *nueva criatura*, como se explica el Apóstol⁴. En virtud de esta restauración, añade el mismo, la criatura renovada se verá libre de la esclavitud de su propia corrupción⁵. Porque ¿de qué nos aprovecharía ser purificados una vez, si quedásemos sujetos á la necesidad de volver á encenagarnos en el vicio, siendo esclavos eternos, irredimibles de nuestras pasiones? No, carísimos hermanos, esto no puede ser así. Existe, pues, un específico eficaz para la más cruel de nuestras enfermedades. Y si existe, no puede ser otro que la Eucaristía; porque, si bien la preciosa sangre se comunica al alma por el conducto de todos los sacramentos de la Iglesia, por ninguno corre tan abundante y vivifica como por el de la comunión sacramental. Aquí están aquellas *fuentes del Salvador* que profetizó Isaías, de donde podemos tomar con alegría el agua de la salvación⁶. Y si la pasión de Cristo nuestro Redentor es tan eficaz

¹ 1 Io. 1, 7.² Hebr. 9, 14.³ Apoc. 22, 14.⁴ Gal. 6, 15.⁵ Rom. 8, 20.⁶ Is. 12, 3.

remedio para todas nuestras llagas y pasiones, que, como dice San Bernardo: «En ninguna parte he encontrado medicina más eficaz que en las llagas de Cristo»; ¿qué enfermo irá á buscar en otra parte que en la Eucaristía el codiciado remedio, sabiendo que aquí está real y verdaderamente Cristo crucificado, y su pasión aquí renovada, y su muerte á todas horas repetida en el divino sacrificio?

8. Y veis aquí, amadísimos oyentes, un remedio tan universal como la misma dolencia que atrozmente aflige á cuantos hemos nacido de una carne inficionada por la concupiscencia. Porque si *nadie*, como dice Job, *está limpio de esta mancha, ni aun el recién nacido*¹, nadie hay tampoco que no pueda purificar su corazón y sus sentidos en esta fuente de gracia y de pureza, colocada, como vaticinó un Profeta, en medio de la Iglesia ó casa de David². Venid todos al Sacramento del Altar, venid enfermos de toda clase y condición: para todos tiene Cristo salud y vida, porque Él ha dicho: *Yo soy tu salud... venid á mí todos*³. ¡Ay! ¡cuántos le desoyen, y aun le vuelven las espaldas!... ¡Cuántos se mofan en su corazón del remedio que se les propina! Así se retiraba incrédulo y murmurando aquel gran personaje de Siria, Naamán, cuando para curarse de la lepra mandó el Eliseo lavarse en las aguas del Jordán, creyendo él hallar mejores y más salutíferos baños en su tierra. Lavóse empero, mejor aconsejado, y al instante quedó sano⁴. Con harta más razón quedarán sanos de la sensualidad los que acepten la salud que les brinda el médico divino en la piscina de la sagrada Eucaristía. ¿Re-

¹ Job 14, 4 (vers. alexandr.).² Zach. 13, 1.³ Ps. 34, 3. Matth. 11, 28.⁴ 4 Reg. 5, 14.

cordáis aquel ciego á quien mandó Jesús bañarse en el estanque de Siloé? Hízolo lleno de fe, y volvió con vista. Pues tened fe, y recobraréis al punto la salud del alma. Porque, como paso á exponer en segundo lugar, las condiciones de salud que posee la Eucaristía, hácenla eficazísima contra la sensualidad.

II.

9. Averiguada cosa es, así por la razón como por la común experiencia, que el manjar delicado y el vino exquisito son incentivos violentos del vicio sensual. De ahí que para reprimir sus bríos nada se aconseje y recete tanto como la frugalidad y la templanza. *El vino y las mujeres*, dice la Escritura, *hacen caer en la apostasia á los mismos sabios, y en el oprobio á los hombres sensatos*¹. *El vino*, dice en otra parte el Espíritu Santo, *lleva á la lujuria, á la embriaguez y al tumulto*². Lo mismo debe decirse de la glotonería y regalo de los opíparos banquetes, tan del gusto de los sibaritas de todos los siglos. Pero con ser así todo, hay un manjar del cielo que se llama *Trigo de los escogidos*, y un vino de sabor dulcísimo *que hace germinar virginidad y pureza* á los que lo gustan, y es lo más bueno y hermoso de la mesa del mismo Dios³. ¿Quién no admira este prodigio? ¿quién no ve designada aquí la sagrada Eucaristía, la deliciosa Mesa de la comunión? Ella produce efectos diametralmente opuestos á los de las viandas y bebidas corporales, precisamente por ser espiritual, porque *el espíritu hace siempre guerra á la materia*⁴. Regalad la carne, dadle fuerzas, acariciadla, y no habrá

¹ Eccli. 19, 10.² Prov. 20, 1.³ Zach. 9, 17.⁴ Gal. 5, 17.

fiera más indómita, y os despeñará en el abismo; por el contrario, alimentad el espíritu, fortalecedlo, y la bestia feroz perderá su fiereza, y se sujetará fácilmente al yugo de la razón.

10. Por el sólo hecho de dársenos la Eucaristía en forma de alimento se echa de ver cuán eficazmente obra en nosotros como medicina, puesto caso que suelen ser más eficaces los remedios que van al interior á buscar y atacar la enfermedad en su mismo origen que los que sólo se aplican á combatirla por de fuera. No os parezca, hermanos míos, de poca fuerza este argumento, tomado de bien conocida analogía; porque, si hay enfermedades tan hondamente arraigadas en el organismo, que para vencerlas es preciso hacer que las sustancias que las atacan penetren en lo interior de los mismos órganos, á fin de que, mezcladas con los elementos vitales, destruyan, dentro de aquéllos, los gérmenes mortíferos que allí se han hecho fuertes; decidme: para lanzar el virus de la sensualidad, para purificar la sangre del alma, ¿no será menester introducir por medio del alimento celestial de la Eucaristía elementos divinos, y, por decirlo así, reconstituyentes de una naturaleza estragada y empobrecida con los excesos del vicio? ¿No será menester que se trasvase sangre divina en nuestras venas? Así es en efecto, cristianos, y así lo ha dispuesto el amoroso médico de nuestras almas, dándonos su propia sangre por medicina. ¡Cómo no ha de criar sangre pura en nosotros ese vino formado de la leche virginal! ¡Cómo no ha de robustecer nuestra debilitada naturaleza, hasta trocarnos en héroes de castidad, ese Pan de los fuertes!

11. Hay todavía otra consideración, más decisiva. Por la Eucaristía nos ponemos en contacto íntimo con el cuerpo del Señor. No es su alma solamente y su

divinidad lo que nos da Jesucristo, es su carne inmaculada: *Caro mea vere est cibus. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros*¹. De donde infiero, con lógica inflexible, que el Sacramento eucarístico mata en nosotros la sensualidad. ¿Por qué, cristianos? Porque, así como la carne de pecado no puede tocarse sin que manche, así, por el contrario, no puede tocarse físicamente la carne pura, inmaculada del Verbo Encarnado sin que purifique á quien la toca. Así lo sentía vivamente aquella doncellita tan pura como varonil, la bienaventurada Inés², cuando exclamaba llena de entusiasmo cantando el epitalamio de sus bodas con el celestial Esposo: «Amo á aquel que no tiene madre en el cielo ni padre en la tierra; á Él sí puedo amarle siendo casta, porque su contacto me hace pura, su posesión acrisola mi virginidad.» Si el roce con personas de acendrada pureza, como brisa del cielo, purifica las almas, según la historia de la Iglesia lo atestigua, y no puede menos de suceder, ora se considere el respeto que impone la inocencia hasta en los espíritus más licenciosos, ora se atienda á la dulce y poderosa simpatía que irradia de la virtud: ¿qué quilates no debe comunicar á la limpieza de cuerpo y alma el roce más estrecho que darse puede, el más íntimo contacto con el autor de toda pureza y santidad? Si, al tocar solamente la orla de sus vestiduras, huyó la enfermedad de aquella pobre enferma de diez y ocho años que, llena de fe, había dicho: *Si llevo á tocar sus vestidos, seré sana*³; ¿qué enfermedad espiritual, por inveterada que sea, podrá resistir al contacto del cuerpo real del Salvador? ¿Por ventura no

¹ Io. 6, 54.² Brev. Rom. in fest. Sanctæ Agnetis V. M.³ Matth. 9, 20.

aparta de nosotros toda imagen de profanos goces y todo sentimiento de sensual deleite la sola presencia de ese Dios sacramentado, ante quien nos hallamos reunidos en el santo templo? Á menos que nuestro espíritu esté totalmente vacío de las impresiones de la fe, á menos de asistir á esta reunión solamente con el cuerpo, ó de venir expresamente á profanarla con la disipación y el desacato, es imposible que el corazón más relajado no sienta aquí, delante de la Majestad de un Dios oculto pero realmente presente, impresiones saludables, que, enfrenando los sentidos, le dispongan, por lo menos, á seguir una conducta más arreglada y virtuosa. ¿Qué será, pues, si nos acercamos á la sagrada mesa con las disposiciones que la fe nos inspira y la Iglesia reclama? ¿Qué afecto no producirá la frecuente y devota comunión?

12. Porque, en este caso, hermanos míos, ponemos en juego por nuestra parte todos aquellos medios y arbitrios que la cristiana prudencia nos sugiere y la voz de un fiel amigo nos señala, para convalecer y curar de la cruelísima dolencia del vicio sensual. *Esta clase de demonios*, decía el divino Libertador, *no se lanza del hombre sino á poder de oración y de ayuno*¹. La austeridad, pues, la mortificación de los sentidos y la oración fervorosa y humilde, armada de fe en Dios y desconfianza propia, son los más poderosos antídotos contra la sensualidad, indicados á una por la razón y la experiencia. Cuantos han tenido la felicidad de curarse de esa asquerosa lepra, no lo han obtenido por otros medios. Porque, desengañémonos de una vez para siempre: no son los remedios de la ciencia ni mucho

¹ Matth. 17, 20.

menos los que nuestro propio orgullo nos sugiere, los que han de poder obrar en un corazón corrompido el milagro de restituirle la sanidad de la pureza, sino la gracia divina y sobrenatural, la virtud de Jesucristo en nosotros, mediante, eso sí, nuestra cooperación sería y constante. Sin esto, os puedo asegurar, que no hay hombre puro y casto sobre la faz de la tierra. La santa pureza es don altísimo que sólo de Dios descende, como ya lo reconoció el sapientísimo Salomón¹, y reconócenlo por experiencia propia cuantos de veras se proponen adquirirla. Pues bien, en la sagrada comunión, que necesariamente ha de ir precedida de la penitencia sacramental, acompañada de profundo recogimiento de espíritu y alejamiento de toda distracción, y naturalmente seguida de más asidua vigilancia de sí mismo y de una severa represión de pasiones y ocasiones pecaminosas, hallaréis maravillosamente combinados cuantos elementos pueden concurrir, ya de parte de Dios, ya de parte del hombre, para operar la apetecida y difícil curación de la más terrible de las enfermedades que afligen á nuestra pobre y ruin naturaleza. ¡Plegue al Señor concedernos abundante luz y gracia para querer seriamente aprovecharnos del heroico remedio que nos ofrece la sagrada Eucaristía! Entonces comprenderéis que *el dedo de Dios está aquí*². Así sea.

¹ Sap. 8, 21.

² Ex. 8, 19.

SERMÓN UNDÉCIMO

(predicado en la iglesia de la Tercera, Bogotá, 1885).

La transformación moral del hombre por el modelo de la Eucaristía.

Vivo... ego, iam non ego, vivit vero in me Christus.
Vivo yo, ya no yo, sino que vive Cristo en mí.
Gal. 2, 20.

I. ¡Qué transformación más magnífica, amados oyentes, que la operada en el Seráfico Patriarca de Asís por la impresión de las sagradas llagas del Redentor! Si ésta no hubiese sido demasiado patente, como lo asegura la historia¹, los efectos sobrenaturales, perfectamente visibles en el glorioso Santo, habrían denunciado un hecho de carácter extraordinariamente portentoso, como causa proporcionada de aquellos fenómenos divinos. No extrañéis esta expresión que significa la brillante aparición de Dios en la acción del hombre. Porque si hasta entonces el gran Padre San Francisco había sido más que hombre, ángel por la santidad y la pureza, desde que un alado Serafín le imprimió los sagrados estigmas del Dios crucificado, fué ya él mismo un Serafín de amor, fué más todavía, la viva imagen y copia acabadísima del mismo Cristo Jesús, brillando así Dios en el hombre con extraordinarios resplandores. Por más que el varón santo, tipo de la humildad más profunda, tratase de esconder aquellas maravillosas señales, la secreta virtud de las mismas llagas sacrosantas producía en lo exterior tales milagros de santidad, dice San Buenaventura, que no podía menos de revelarse á los ojos de cuantos le rodeaban². Y ¿cuáles eran estos

¹ S. Bonav. in Leg. S. Franc. c. 13 (Brev. Rom.).

² Ut illorum occulta et mira vis Stigmatum manifesta pateret claritate signorum (ibid.).